

Índice

PRÒLOGO.

INTRODUCCIÓN.

CAPÍTULO I : La infancia de Jesús.

CAPÍTULO II : La adolescencia de Jesús.

CAPÍTULO III : Jesús recluta.

CAPITULO IV : Jesús, el soldado de la Patria.

CAPÍTULO V : Jesús, el cesante.

5.1 El fundo de don Francisco Javier.

5.2 Obrero de ciudad.

CAPITULO VI : Jesús, el policía.

6.1 El sargento y la moral.

6.2 La plaza de la población.

6.3 El sargento caballeroso.

6.4 El diplomático insolente.

6.5 Un primero de Abril.

6.6 Parque Forestal recorrido.

6.7 El dieciocho en el Cerro Chena.

CAPÍTULO VII : Jesús, el nochero del Pabellón N° 3.

7.1 Jesús, nochero de un hospital.

7.2 Jesús y la segregación laboral.

7.3 Los dioses de blanco y sus seguidores.

7.4 Don Emilio ingresa al Hospital.

7.5 Narraciones del padre de don Emilio.

7.6 La vida de don Manuel, padre de don Emilio.

7.7 Jesús, el estudiante.

7.8 El Fiscal.

7.9 Jesús, aspirante a oficinista.

7.10 El contador explotador.

7.11 Jesús y Cicerón.

CAPÍTULO VIII : Jesús, prisionero de guerra en Pisagua.

- 8.1 Jesús y su reincorporación al Hospital.**
- 8.2 Jesús, el matapijojo.**
- 8.3 Jesús secretario, Cátedra Medicina.**
- 8.4 Jesús y el hijo de don Emilio.**
- 8.5 Jesús detenido y conducido a Pisagua.**
- 8.6 Romería a Pisagua.**
- 8.7 Jesús, el relegado.**

CAPÍTULO IX : Jesús, exiliado en Francia.

- 9.1 Visitando El Louvre.**
- 9.2 La acogida en París.**
- 9.3 Los franceses de Cerizay.**

CAPÍTULO X : Jesús en Nicaragua.

- 10.1 Llegada a Nicaragua.**
- 10.2 Jesús, profesor en la Universidad.**
- 10.3 Aureliano, el profesor de filosofía.**
- 10.4 Aureliano, combatiente en la montaña.**
- 10.5 Aureliano, cartas.**
- 10.6 La fiesta de los españoles.**
- 10.7 Ometepe, la isla de las mujeres.**

CAPÍTULO XI : Jesús, el exiliado retornado.

- 11.1 Primeros días viviendo en Chile. Penitenciaría.**
- 11.2 El viejo taxista.**
- 11.3 El viejo testarudo.**

CAPÍTULO XII : Otros relatos. Cuentos.

- 12.1 El hombre de la mediagua.**
- 12.2 La animita de la Caleta,**
- 12.3 El Alcalde.**
- 12.4 El pintor.**
- 12.5 Quisiera matarla, pero que no muera.**
- 12.6 El ánfora.**

PRÓLOGO

Los caminos que ha tomado la escritura para expresarse son múltiples, heterogéneos, inciertos. El lenguaje se transforma y aparece como escritura (y diálogo) en cualquier momento de la vida y lo hace a partir de una diversidad de formas o modos. En el caso del “Manifiesto irreverente y otros relatos”, de Hugo Díaz F., nos encontramos frente a un texto que relata las azarosas, pero sobre todo duras experiencias de vida por las que atraviesa Jesús Tadeo, el antihéroe de este relato. El texto está dividido en once capítulos, en los cuales se van desarrollando y planteando, en forma cronológica, los diversos momentos y situaciones problemáticas a los que se vio enfrentado Jesús Tadeo a lo largo de su vida.

El origen del relato se produce gracias a la figura del narrador, compañero de colegio y amigo del protagonista, quien decide homenajear póstumamente la consecuencia y lealtad con que vivió Jesús Tadeo, terca y obstinadamente, los principios y valores que le inculcó desde pequeño su incorrupto y honestísimo padre.

El título mantiene una estrecha relación con el cuerpo global del texto, de ahí que Manifiesto Irreverente quiera ser la expresión y comunicación directa y palpable de una voz que no solo describe e informa, en varias ocasiones detalladamente, sobre el entorno familiar y social por el que transitó el protagonista, sino que fundamentalmente ironiza y transgrede un cuerpo de ideas que siente distante, injusto e impuesto por el discurso hegemónico y oficial de los sectores que han monopolizado y detentado el poder a lo largo de la historia. Por ello, el texto se constituye en el envés de la ideología dominante, en la escritura silenciada y no oficial de las ideas sociopolíticas y culturales que han levantado desde hace decenios los sectores subalternos.

La irreverencia diseminada a lo largo del texto se dirige a desarmar, a deconstruir un territorio demarcado por la injusticia y la desigualdad de las oportunidades, de ahí que Jesús Tadeo mantenga en el curso de la narración una constante pugna, consigo mismo y sobre todo con los diversos poderes –educacionales, laborales,

políticos, ideológicos – que se han anclado violentamente en una sociedad que desprecia, arrincona y anula al ser humano por su condición social e ideológica. El caso del protagonista es esclarecedor. La dolorosa pobreza que le tocó vivir desde su infancia, fue templando lentamente un espíritu siempre inquieto y abierto a la comprensión crítica de la cruda realidad que iba experimentando día a día. Pero lo que guía profundamente el accionar reflexivo de JT es poner en entredicho el aparataje ideológico (político, religioso, etc.) de quienes, de una u otra manera, han sostenido y sostienen el andamiaje del poder; de ahí que en varios pasajes del relato se pongan al descubierto los conflictos, que permanecerán constantes a lo largo de la obra, a los que se ve enfrentado Jesús Tadeo en diferentes épocas de su problemática vida.

Cada una de estas situaciones conflictivas actúa inmediatamente en la conciencia de JT como un detonante que desplegara todo un cúmulo de valores y convicciones sobre la vida y la dignidad del ser humano que aprehendió y conserva desde la infancia.

El texto en su conjunto está construido sobre la base de diferentes tipos de discursos como el relato histórico, el testimonio, la autobiografía, la crónica y el relato novelesco. Detrás de la ficción que esconde Manifiesto Irreverente, está siempre presente el escenario socio histórico, que va entregando las claves precisas y necesarias para situar adecuadamente al lector en la comprensión de este. En este sentido, el texto es clarísimo en cuanto a la urgencia que tiene el narrador por registrar e informar la realidad particular y social que le tocó vivir a Jesús Tadeo desde los inicios de la década del cuarenta hasta fines del siglo XX. El viaje, las aventuras por las que atraviesa Jesús Tadeo constituyen la base para contar ciertos aspectos de la historia no oficial, aquella que el poder siempre oculta y no divulga para continuar con sus privilegios. Se levanta entonces como un contratexto que critica sin contemplación, con fuerza y consecuencia a todos quienes amparados en el acomodo de la ideología dominante han guardado silencio frente a las injusticias, las desigualdades, el horror y la muerte.

Desde esta perspectiva, el texto se constituye en una excelente recreación de la realidad, expresada con un lenguaje claro, fluido, pero particularmente mordaz, que quiere hundir el dedo en la llaga para incomodar y hacer reflexionar al atento lector, quien sin duda, no quedara impávido. En este sentido, Manifiesto Irreverente viene a formar parte importante de ese gran espacio escritural que se abrió después del golpe de estado de 1973 y que aún no se cierra.

Cierra el texto el capítulo XII, el que está compuesto de una serie de seis cuentos, cuatro de los cuales tienen cierta independencia del Manifiesto Irreverente, pero continúan el diálogo con éste en cuanto al trasfondo histórico y su ironía crítica. Entre estos se ubican los cuentos “EL hombre de la mediagua”, “La animita de la caleta”, “El alcalde” y “El pintor”. Los otros dos cuentos “Quisiera matarla, pero que no muera” y “El ánfora”, se alejan de la temática del Manifiesto Irreverente, pero constituyen igualmente dos relatos en donde la pluma de Hugo Eduardo Díaz se siente nuevamente firme, suelta y convincente.

Finalmente, el texto se constituye así en el viaje de los humildes y marginados que anhelan romper las barreras de la exclusión para construir un mundo nuevo que respete la dignidad de todo ser humano. Así, el ataque artero, la arbitrariedad abusiva, la violencia irracional que han sufrido los otros (los encarcelados, los relegados, los torturados, los asesinados, los humillados) no habrá sido en vano; se escribe con sangre sobre la frente y los huesos de los que ya han partido.

Gerardo Castillo Díaz.

Profesor de Lenguaje

Mg. Literatura Hispánica.

Temuco, diciembre de 2004.

INTRODUCCION

Antes que usted, estimado lector, se interne por las narraciones que contiene este libro, creo indispensable informarle muy sinceramente el origen de estos escritos y las motivaciones que tuve para decidirme a darlos a conocer.

Hace muchos años, cuando yo era un niño, conocí en el colegio donde ambos estudiábamos, a un compañero de curso. Fuimos creciendo viéndonos frecuentemente en la sala de clases y a veces, en la calle. Yo pertenecía a lo que se llamaba en esos años a la clase media, de los empleados, ya que mi padre era un funcionario bancario, lo cual me permitió vivir una infancia y una adolescencia feliz. Pude terminar mis estudios secundarios y finalizar una carrera universitaria. Posteriormente, ambos casualmente hicimos el servicio militar en la misma unidad militar y este ahora joven, partió al sur y dejé de verlo hasta cuando habían pasado ya varias décadas.

Este niño que yo conocí, de nombre Jesús Tadeo, pertenecía a una familia muy decente, pero también muy pobre, ya que el padre era un obrero, pero de esos obreros excepcionalmente culto y caballeroso. La familia de Jesús estaba compuesta por cerca de ocho hermanos y Jesús era el mayor de todos. Mi padre, una vez que conversó con Jesús quedó impresionado por la inteligencia, madurez y comprensión de la vida que Jesús, a pesar de sus cortos años, demostraba cuando opinaba sobre asuntos de adultos. Desgraciadamente Jesús Tadeo debió abandonar el colegio antes de finalizar la enseñanza media.

Poco más de cincuenta años han pasado y muchos acontecimientos en la vida de todos nosotros, en Chile y en el mundo. Pero como las coincidencias a veces se dan, cierta vez tuve la oportunidad de conocer, todo por casualidad, a una hija de Jesús Tadeo. Tenía ella cuarenta y seis años, varios hijos y hasta nietos. Me puse muy contento al saber que ella era hija de este compañero de colegio tan especial y excepcional y sentí también una gran pena al saber que este hombre ya había fallecido hacía poco más de un año.

Yo por mi parte estaba siendo inquietado por conocer la ruta seguida por este para mi personaje, ya que estaba seguro que él no sería un ser humano común y corriente, como yo o los demás. No fue sorpresa para mí cuando una de las hijas de Jesús, poco a poco me fue narrando que su padre había comenzado a estudiar con ahínco cuando ella tenía como cinco años. Logró terminar sus estudios secundarios, ingresó a la Universidad, obtener diplomas y reconocimientos solamente académicos y ya casi anciano, casi al final de su vida terminó sus estudios universitarios truncados hacía varios años atrás, por razones de su agitada vida. Pero, como yo ya lo adivinaba, jamás pudo adaptarse al mundo que le tocó vivir. Siempre fue así. Muy sensible por el padecimiento de la gente pobre como su padre, franco en sus afirmaciones y excesivamente consecuente con los principios pivótales que su orgulloso progenitor le inculcó desde cuando era un precoz niño.

Las consecuencias de la actitud asumida en su vida le ocasionaron graves dificultades en las relaciones laborales, personales y sociales, con las consiguientes secuelas, por lo que continuamente era objeto de despidos, injustificados por cierto, de los trabajos. Por estas razones los obstáculos para emplearse crecían, como así mismo alcanzar cierta estabilidad laboral. Estos factores significaban frecuentemente soportar largos periodos de cesantía, aceptar labores no deseados y salarios inferiores a la calidad de su desempeño.

Dada mi edad, pues soy jubilado y dispongo de tiempo, durante un buen periodo me dediqué a indagar sobre la ruta seguida por este compatriota y amigo, aunque él jamás supo la gran simpatía que sentía por su calidad humana e inteligencia. Logré reunir datos, antecedentes, testimonios, etc., de personas que lo conocieron en las diferentes partes donde trabajó, en los colegios y universidades donde estudió, en fin, logré obtener mucha información de fuentes familiares, principalmente de una de sus hijas mayores y parientes de su fallecida esposa, muerta hace ya casi dos décadas. En homenaje a este señor de la caballeridad y de la decencia, dedico este trabajo, que en mínima parte representa su vida y su respetable pensamiento y por el cual luchó consecuentemente, siempre fiel a esos principios por los cuales, también su

padre, entregó los mejores años de su vida, aun a costa de su tranquilidad y paz, suya propia y de su sufrida familia.

Cuando yo era joven, viviendo feliz la juventud, gracias al status social de mi padre y a su protección y guía, rechazaba terminantemente los conceptos que emitía Jesús Tadeo sobre su concepción de la vida, su opinión crítica de la institución católica, y en general, de todos los entes que conforman y regulan nuestra vida en sociedad. No obstante estar en completo desacuerdo con sus puntos de vista sobre casi todas las materias que él enfocaba, motivo por el cual nunca me declaré francamente como un amigo de él, pero en mi interior admiraba su postura valerosa, casi idealista, propio por lo demás de muchos jóvenes, que ingenuamente, aún no contaminados, creían, y creen aún, en poder cambiar el curso de la historia. Rondaba en mi cerebro la duda acerca de la certeza de lo que Jesús obstinadamente planteaba, probablemente posición mía influenciada por el medio hostil generalizado a la línea de pensamiento de Jesús, incentivado todo, además, por la propaganda mediática, iniciada ésta desde el kindergarden y hasta la universidad.

Los años vividos, mi afán de comprender mejor el mundo y su gente, en fin la experiencia de vida, me han hecho virar mi postura respecto a los valores por los cuales Jesús Tadeo sacrificó toda su vida, anónimamente, para aportar un “granito de arena” para que la humanidad en el futuro esté poblada por seres humanos más humanos, menos animalizados, más comunitarios, menos egoístas, en suma, más generosos, bondadosos y buenos.

A Jesús Tadeo, su padre, y después la vida, le había enseñado a usar la razón y la defensa pacífica. Vivió en el lugar en que la vida lo ubicó, desde cuando su pobre padre le calcó en el super ego lo correcto que era el vivir decentemente, defenderse de los agravios e injusticia con el poder de la palabra y los conocimientos.

Jesús era, por este motivo y sin casi darse cuenta, un pequeño Quijote como lo fue su padre, el que le enseñaba la historia oculta de la cultura humana, su significado y variantes inventadas; el que le explicaba el origen y el porqué de la invención de las

religiones, sus mitos, creencias, engaños y poder; lo instruía sobre el método utilizado por los dueños del poder para acumular dinero; lo adoctrinaba también sobre las verdaderas causas de las guerras y sus consecuencias; sobre el monopolio del conocimiento y de la historia; sobre la dictadura del poder de los grandes bloques económicos nacionales y transnacionales y, en general sobre todo lo relacionado con la vida y su filosofía. Probablemente, el padre de Jesús era un prisionero de la carga genética que portaba, los cuales, evidentemente, eran más poderosos que su razón y que arruinaron su tranquilidad y bienestar en el paso por este mundo, como consecuencia de las insolentes verdades que profería a sus detractores.

El padre de Jesús Tadeo fue ferozmente perseguido, discriminado, ignorado, con consecuencia nefasta hacia sus hijos. Vivió siempre en su culta pobreza, la cual ostentaba orgullosamente como si fuera un escudo de linaje, de nobleza.

Este es el ancestro de este caballeroso pero moderno guerrero ideológico contra la injusticia, de este ignorado descendiente de Don Quijote, cuya arma no es la lanza, sino la palabra y su razón.

El padre de Jesús, especie de gran Quijote, ya fallecido, marcó a fuego, indeleblemente, el consciente y el inconsciente de su hijo, el que guiado por una fuerza irresistible seguía la huella de su padre, como si fuera un túnel interminable y como única opción disponible. Por esto, por esos valores pivótales incrustados por su padre, amor y odio hacia el ser que lo engendró, eran los sentimientos que revoloteaban en el corazón de Jesús Tadeo.

Admiraba la terca razón del padre y las terribles pero dudosamente ciertas verdades que éste esculpía diariamente en su joven vida.. ¿Cómo averiguar si era cierto lo que su pobre padre pensaba sobre los seres humanos y su comportamiento?. Se preguntaba frecuentemente el pobre y angustiado Jesús.

Nuestro héroe, Jesús Tadeo Mahoma Marx Medina Huincaleo, a veces era atrapado transitoriamente por dolorosos conflictos entre el ser o no ser, lo cual lo impulsaba inconscientemente a meditar, a reflexionar sobre esto o lo otro, actividad sin ninguna utilidad práctica y utilitaria, por ser un ejercicio mental para ociosos y una pérdida de tiempo. Las extremas penurias económicas lo sumían en profundas deliberaciones, siendo éstas más hondas cuando sus necesidades básicas y vitales no las podía satisfacer. Estos cortos períodos de confusión entre el mentado ser o no ser; entre seguir el camino del ser, del ser auténtico, de la rectitud, de la transparencia, de los dictados de su razón y sagrados principios conculcados por su padre, que en paz descansaba, o la senda del no ser, de la nada, de la superficialidad, de la medianía, del conformismo; de la complicidad y el servilismo de y hacia los dueños e inventores de la historia, de las religiones, del conocimiento y la cultura y de todos los poderes que regulan el vivir en sociedad.

Modelada la personalidad de Jesús Tadeo por sus porfiados genes y por el entorno social hostil y reivindicativo fue fácil presa de la avalancha popular que reclamaba la propiedad social de los bienes de producción y de los poderes del Estado. Él estaba junto a los que padecían toda clase de vejámenes y privaciones. No podía ser de otra manera.

Esta idea lo atrajo como un imán, aunque mentalmente, sin hacerse notar. Ignorado por muchos adeptos a esta lucha, por los vociferadores oportunistas, pero conocido por muy pocos, por los verdaderos. Él estaba convencido del camino a seguir. La meta de los oprimidos era también la suya, pero de lejos. El no era el portavoz, el parlante potente hipnotizador de la aprobación popular. Para eso estaban los adeptos carismáticos, simpáticos, atractivos, pseudo intelectuales y muchas veces superficiales, útiles candidatos a todo.

Por fin, por primera vez en la historia, después de masacres, persecuciones y asesinatos, el pueblo logra un débil trozo del poder político por un efímero y raudo período de mil días. Todos los poderes opresores unidos como nunca, se demoraron mil días en derrotar sangrientamente, como siempre, a la plebe sublevada. Llegado

el momento de conocer quién es quién, los más sectarios, vocingleros y revoltosos, los que pedían cortar cabezas a los burgueses, los que sembraban las calles con temibles consignas, se tornaron posteriormente en los paladines de la falacia democrática cedida estratégicamente por los antiguos y ahora nuevamente dueños de toda la vida ciudadana. Hoy escudan su metamorfosis traicionera y oportunista en la premisa científica denominada “el cambio”. El curioso redescubrimiento del pensamiento de un filósofo griego de la antigüedad, puesto en boga ahora por su utilidad, con categoría de ley física, afirma que nada permanece intacto, que todo cambia, es decir, es como si el presente no existiera, todo es pasado y futuro. Esta tremenda novedad del cambio fue astutamente traslapada al ser biológico, al hombre, a su comportamiento e intereses, considerado individualmente y socialmente. El “todo cambia” o “el cambiar permanente” es enseñada en las universidades y centros de altos estudios políticos y ampliamente divulgada como inherente al ser humano y su conducta, lo cual es la base o fundamento moral para justificar la traición, el oportunismo y esconder la corrupción moral de los hombres e instituciones que han gobernado siempre la sociedad humana. El que no cambia es fundamentalista y va a perecer, se predica ahora. El que no cambia, muere y por lo tanto el oportunismo es vida, es adaptación, resignación, pero también es traición, corrupción, desconfianza, asilamiento del ser humano, inhumanidad. Con razón o sin ella, Jesús critica a los que basados en este axioma, casi cierto, del cambio, según piensa, innumerables son los ayer hombres de firmes principios y que hoy sosiegan su conciencia por haber tirado por la borda la máscara que escondía sus rostros verdaderos de adversarios y algunos de temibles enemigos. Estos nunca han entendido que todo cambia de forma, de ropaje, de máscara, pero la esencia permanece intacta, afirma obcecadamente el buen Jesús.

Jesús, nuestro hidalgo guerrero, terco y obstinado, sigue blandiendo como siempre, su franqueza hiriente y desafiante. Que cambien ellos, yo no cambio, piensa. Viviendo como un pobre desterrado en su propia patria, no se humilla pidiendo favores ni a los ricos y menos a los señores hoy elegantes y conservadores representantes del poder político y ayer furiosos revolucionarios. Sintién dose

discriminado por moros y cristianos, por ricos y pobres, por oportunistas de todo tipo, camina por las calles desdeñoso, altivo y despreciativo.

Aislado del mundo, solo, se apresta a descansar su cerebro. Sin más ruido que el latir de su corazón, duerme, sueña. Escucha la voz de su difunto padre, el “Gran Quijote” que desde el nicho del cementerio donde reposan sus huesos, le habla y le recuerda los principios por los cuales es digno luchar y vivir, del ser ser y del inquietante ser o no ser.

HUGO EDUARDO DIAZ

“ www.hugoeduardodiaz.cl “

SANTIAGO DE CHILE, 01 DE ENERO DE 2005.